

Una filosofía ambiental

Más que un volumen de 545 páginas (*), es "una meditación sobre el ser y el deber ser de esa realidad que se define cuando interactúan dialécticamente el medio natural, el medio humano y el medio técnico".

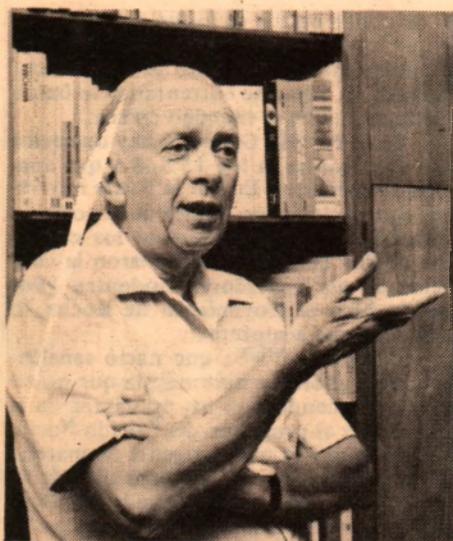
Es una obra concretada gracias al exilio, y al tiempo para el pensar y el hacer creativos que Colombia otorgó a Vidart, conjuntamente con la ciudadanía por su contribución al enriquecimiento cultural de esa patria hermana (1). Queda claro ahora, al tenerlos de nuevo en Uruguay, que para Daniel y Nilda fue bien propicio aquel ambiente ("el conjunto de condiciones que afectan la existencia, desarrollo y bienestar de los seres vivos").

Una fiesta necesaria y oportuna

Es un libro necesario, porque reafirma la posición tercermundista sobre el tema. "Hoy, exigiendo calidad de ambiente, —dice Vidart—, se exige calidad de la vida; pero son grupos privilegiados, élites, quienes, ya asegurada la factibilidad de la vida, aspiran a tener aire puro, agua abundante y limpia, ausencia de ruido, ciudades a escala del júbilo, paisajes amenos, recursos abundantes. En el Tercer Mundo, así como en los bolsones de pobreza y marginalidad del mundo industrializado, la lucha es distinta; se trata de vivir en vez de durar, de tener acceso a los bienes terrenales del hombre, acaparados por minorías del poder y del saber" (p. 83-84).

Es un libro oportuno, porque estamos viviendo la euforia máxima en la prédica por la conservación de la naturaleza. Una prédica tan entusiasta como desmesurada, que deforma enfoques y despista procedimientos. "Los ambientes donde transcurre la vida de las comunidades humanas son más complejos y simbólicamente más significativos que los estudiados por los ecólogos (...) La realidad ambiental que rodea al hombre es, en definitiva, la realidad social, puesto que son sociales las organizaciones, las motivaciones y las manipulaciones que provocan y tergiversan la contaminación y la depredación de los ambientes" (p. 69).

Entonces, la preocupación debe atender prioritariamente a los ambientes humanos. Por eso es profundamente humano "pugnar porque cesen los desvalores e injusticias que aquejan a la humanidad; es humano el amor al semejante y el proyecto histórico de un mundo sin señores y sin esclavos (...); sin naciones que vivan en la más ostentosa riqueza a costa de la miseria de las otras naciones, y sin ejércitos que amenacen con la extinción de nuestra especie" (p. 63).



FOTOGRAFIA DE MARCELO ISARRUALDE

DANIEL VIDART: escribir es también enseñar

Una concepción global del mundo y de la vida

Vidart expone fluidamente sus tesis ambientales, porque ellas se enmarcan de modo lógico en esa concepción global, la que ha diseñado y practicado sin pausas en los cuarenta últimos años plenos de vida intelectual y sus compromisos políticos. Filosofía ambiental engloba y jerarquiza, desde aquellas distantes interpretaciones de la sociedad rural (*La vida rural uruguaya*, Montevideo, Ministerio de Ganadería y Agricultura, 1955), a su poesía contra los dictadores (*Tiempo de dinosaurios*, Bogotá, Nueva América, 1984).

Frente al departimiento de las ciencias —me comenta Vidart cuando lo entrevisto al preparar esta nota— hay tres grandes disciplinas-síntesis: la geografía, la ecología y la antropología. "Las tres son grandes estuarios; falta no más un método común que te permita clarificar la cosa. Esa búsqueda del método común explica que el libro se sitúe en la óptica de la teoría general de los sistemas." "De una múltiple convergencia de intereses y necesidades científicas; de una teoría que señala el advenimiento de un enfoque total de la realidad, desde una concepción global de la ciencia" (p. 27).

No sólo por estar a la moda es que Vidart fabrica "su" modelo ambiental específico. Un modelo que permite entender el tránsito razonado de la hilófera a la tecnósfera (p. 190 y ss.), y que otorga similar importancia al juego —estudiado como microambiente humano, en uno de

los más hermosos capítulos del libro (p. 241 a 325) — y a los marcos ambientales de la cultura tradicional rioplatense (p. 326 a 355), en las cuales se sintetiza lo mejor del Vidart "histórico", nuestro.

Los temas citados son los ejemplos más notorios de ejemplificación de lo concreto, pero también ellos están inmersos en el conjunto de territorios conceptuales que el libro abarca: la epistemología del ambiente, el ambiente como sistema, las teorías ambientales, las concepciones ambientales, la ideología del ambiente, su percepción sociocultural, la tipología del ambiente, la civilización y el ambiente, la educación ambiental, los problemas ambientales de la Amazonia, las relaciones entre desarrollo y ambiente.

Al ahondar una temática tan ambiciosa, Vidart recurre a todas las fuentes y logros del pensamiento humano, y los considera con objetividad pero no imparcialmente. Siempre anota el último avance científico en cada campo tratado, pero nunca pierde el rumbo. Por ejemplo, cuando afirma: "El hombre se emancipa de los ecosistemas y fabrica los tecnosistemas, agrosistemas, sociosistemas e ideosistemas del poder, pautados por las conquistas del trabajo humano, por el avasallamiento de la naturaleza —madre y enemiga a un tiempo—, por la inteligencia que planea y el gobierno que ejecuta" (p. 209).

Filosofía ambiental no es un libro de fácil lectura. Aunque la explicación pedagógica se brinda con generosidad a cada paso, y aun en medio de la más densa reflexión (véase, por ejemplo, la página 110), la erudición derramada resulta muchas veces de engorroso seguimiento; sobre todo, sospecho, para la actual generación joven de huérfanos culturales.

Un segundo factor que obliga a leerlo con cautela es la frecuencia de las digresiones; esto es, de referencias-labirinto en que uno tiende a extraviarse aunque trate de seguir mano-en-pared la idea eje, porque ésta puede retornar recién varias páginas después.

Y una tercera observación —ya decididamente crítica, porque no es de estilo sino de opción— es la recurrencia dominante a la bibliografía procedente del mundo desarrollado. En el libro se estiman 562 referencias o citas de fuentes; apenas 39 (el 7%) corresponden a autores latinoamericanos. Y yo sostengo convencido que lo escrito en nuestra macrorregión es de suficiente importancia, en número y calidad, como para haber merecido otro trato. Por suerte la posición de Vidart ante la problemática ambiental es sí profundamente latinoamericanista.

Ojalá buen número de uruguayos pueda acceder a ejemplares de este libro, que ya está llegando a las vidrieras montevideanas; ojalá que muchos más lo pidan prestado o en bibliotecas. Por si acaso ello se retarda, aquí trasmito de su mano el bastoncito blanco de la prolongada carrera de postas, que empezó a correr Vidart, para que manos jóvenes lo vuelvan mensaje ganador.

Como "mensaje final" para el lector de este comentario, basta con elegir una cualquiera de las frases de antología entre las cuarenta que subrayé, con admiración y asombro, en mi primera lectura:

"Toda educación científica es vana (y la educación ambiental también) si no se orienta a la realización de los mejores ideales humanos: liquidación del nacionalismo, desarme total, democracia participativa, efectiva convivencia en la libertad, justicia para todos" (p. 383).

Germán Wettstein

(*) Filosofía ambiental: epistemología, praxiología, didáctica. Bogotá, Editorial Nueva América, 1986.

(1) Colombia: ecología y sociedad, Bogotá, CINEP, 1976, rápidamente agotado, fue el primer libro sobre el tema publicado en aquel país andino; y otro importante trabajo fue el Atlas sociocultural de Colombia, Bogotá, UNESCO/COL. 033, 1975.